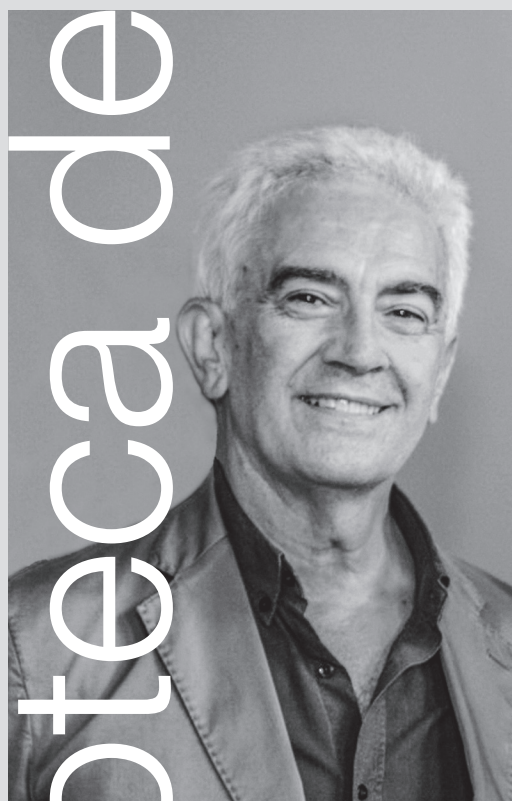


Basilio Baltasar

ESCRITOR Y EDITOR. PRESIDENTE DEL JURADO DEL PREMIO FORMENTOR

Mausoleo de las bellas letras



Basilio Baltasar
Begoña Rivas

U nos rizos vegetales de hierro forjado ornamentaban el portal de la biblioteca pública sobre la que viví hasta los siete años. Abría la puerta de casa, bajaba los peldaños de la escalera y entraba en el venerable recinto. Pasé innumerables tardes de invierno contemplando con asombro las láminas de los libros ilustrados y leyendo los que me prestaba la elegante y señorial bibliotecaria. En una silla elevada que parecía hecha para mí, con los codos en la robusta mesa de roble, envuelto por un silencio similar al de la iglesia, aprendí a comportarme con la discreción del desocupado y callado lector. Cada uno se inclinaba sobre su libro, deslizándolo el lápiz sobre su bloc de notas, ensimismado y ajeno a los demás; se levantaban sin hacer ruido y regresaban a su asiento con los volúmenes que iban a consultar. Ante los robustos estantes de madera tallada, que albergaban una prodigiosa inmensidad y elevaban las obras maestras hacia los altos techos del salón, me pregunté muchas veces cuánto tiempo necesitaré para leerlo todo. Estos pensamientos fugaces, destellos intuitivos, más frecuentes a esa edad de lo que solemos recordar, surgían en mi imaginación como un preludeo teatral.

He vivido en cuatro ciudades y en ocho casas diferentes y cada mudanza ha supuesto empaquetar cajas de libros, deshacerlas y esperar la ocasión de colocarlos según el impecable orden que admiré en mi infancia. Ojalá aquella amable señora —¿cómo se llamaba?— me hubiera ayudado.

A la espera de dar algún día con la instalación que definitivamente organice el orden temático de los libros encontrados o conseguidos, tengo como guía y consuelo la costumbre de anotar en la portadilla de cada libro el lugar y la fecha en donde fue comprado y leído. De este modo, el desbarajuste de la biblioteca contiene un íntimo y extraño encaje. Cuando al azar abro

cualquiera de los libros hibernados en su silencio monacal, se restauran las imágenes de un momento olvidado, las sensaciones de un lugar, los aromas que perfumaban el fugaz instante y los pensamientos que merodeaban en mi cabeza. El hábito de subrayar las frases y los fragmentos llamativos me permite además seguir el rastro de un laberinto interior y recuperar los impulsos de una curiosidad perdida de vista pero probablemente vigente en el inventario de mis inquietudes.

Otro de los recursos nemotécnicos que ayudan a poner orden en mi biblioteca —y en la cabeza de su propietario— se encuentran encriptados en los puntos de lectura que abandoné en cada libro. Tarjetas de embarque, tickets de obras teatrales, postales, pedazos de papel manuscritos, billetes de tren, billetes de banco de países lejanos que no pude canjear antes de partir... Las señas me proporcionan una valiosa documentación biográfica y algún día podré contar la aventura de haber vivido al compás de la ilustre compañía de los libros. Debo agradecer esta colección de pedazos al repudio que me inspira el sacrilegio de algunos lectores, el feo vicio de doblar el borde de una página para marcar dónde han dejado de leer. Inadmisibles agresión a la belleza integral de la página impresa.

El intruso que de pasada le diera un vistazo a mi biblioteca descubrirá otra de las costumbres de su propietario: despojar a cada libro de su sobrecubierta. El vestido con que los editores lo envuelven a fin de reclamar la atención de los transeúntes, nunca ha sido de mi agrado. La estética de las encuadernaciones sobrias en cuya cubierta sólo figura el nombre del autor y el título de la obra es una cortesía de la tradición editorial europea. Me parece a mí que la sobrecubierta, con sus colores chillones, alardes tipográficos y mimetismo cinematográfico, disfraza al libro para probar suerte en los bailes de sociedad. Con

esa encantadora frivolidad mundana. Como la biografía del autor y la sinopsis de su obra sólo consta en las solapas, las recorto y guardo en el interior del libro; por si algún día me hiciera falta recordar a qué se dedicaba su autor. La biblioteca acumula el saber que su propietario ha buscado, rastreado, perseguido y encontrado y puede ser por ello el mausoleo de su personalidad: el paisaje libresco de una sensibilidad, la colección de sus elecciones estéticas, el examen de sus ingeniosas afinidades, el infatigable asombro de su interminable pesquisa. En la biblioteca personal pueden leerse los episodios del viaje emprendido al principio de los tiempos hacia el centro hundido en el fondo de uno mismo.

DE LOS LIBROS ENCONTRADOS

Poca importancia tienen los libros que me han gustado, y peor aún: ¡los que me han entretenido! Ajeno por completo al aberrante hedonismo de la diversión, retengo el libro que me buscó, el libro que me interpeló. El que permanece en su ardiente vivacidad, el que ha instituido mi percepción, articulado el orden narrativo de mi memoria, encauzado el curso de mi imaginación, alentado las intuiciones más tercas, las promesas más firmes, el descaro más arrogante y destemplado.

DON QUIJOTE

El obsequio de Dolores, mi madre: Don Quijote de la Mancha. Clásicos y Modernos de Editorial Juventud, Barcelona, 1966. Encuadernado en piel, teñida con el verde esmeralda que el tiempo ha desvaído. Edición, texto y notas de Martín de Riquer. Leído a mis catorce años, por la noche. A medida que me deslizaba con asombro sobre sus páginas, me iba demorando, retrasando el momento de llegar al final. La frase de Don Quijote que desde entonces no deja de sonar, la voz de la noble dignidad de su locura: “Yo sé quién soy”.

LA BIBLIA

Poco tiempo después llega a mis manos La Santa Biblia, Antiguo y Nuevo Testamento, la versión de Casiodoro de la Reina (1569) revisada por Cipriano de Valera (1602). Editado por las Sociedades

Bíblicas de América Latina (1960). Obsequio de Aguilar, mi compañero de pupitre. El único alumno de religión protestante en nuestra clase. Dedicado y fechado: 1 de junio de 1970. Se oye nítidamente en sus páginas el eco de la primera vez que oímos su voz: “Yo Soy el que Soy”.

SHAKESPEARE

Un primer trabajo escolar, ese mismo año, aborda la vida y la obra de William Shakespeare. Una elección probablemente auspiciada por la versión que de Hamlet hizo Laurence Olivier (1948). Desde entonces se acumulan en la biblioteca versiones y traducciones, ediciones que prolongan y sostienen la genial, penetrante y desconcertante inteligencia del bardo. A la isla desierta me llevaré *El Rey Lear* y *Sueño de una noche de verano*. Y la frase que Shakespeare pone en boca de Pericles: “Este es el sueño más raro con que jamás la oscura noche se burló de los pobres necios”.

EL MAESTRO Y MARGARITA

Obsequio de Isabel: *El maestro y Margarita*, de Mijail Bulgakov. Editado por Alianza Editorial, 1980. Otro regalo proverbial. Bulgakov resuelve el misterio del sufrimiento, la desdicha del destino, el sentido de la redención. No hay que dejarse engañar. Bulgakov libera a Margarita de la oscura prisión en dónde la recluyó Goethe. Y desvela el enigma de los papeles asignados en esta obra a cada uno de los personajes que hablan por nosotros. “Así hablaba Margarita, yendo con el maestro hacia su casa eterna: dormirás con tu gorro mugriento de siempre, te dormirás con una sonrisa en los labios. El sueño te hará más fuerte y serás muy sabio”.

DURRUTI POR ENZENSBERGER

El año que me encontré en Formentor con Hans Magnus Enzensberger —en cuya primera edición de los premios él había participado como jurado— tuve ocasión de comentarle las impresiones que me dejó la lectura de su biografía de Buenaventura Durruti. *El corto verano de la anarquía* lo publicó a mediados de los setenta Grijalbo y luego Jorge Herralde,

en cuyo fondo editorial hoy permanece. Enzensberger ha sido uno de los intelectuales europeos que ha mantenido viva la llama del pensamiento crítico y ha sabido evitar las coacciones silenciosas que hacen tartamudear a la cultura. La biografía del anarquista español sigue siendo un ejemplo de perspicacia, un método historiográfico de impecable verosimilitud y un gesto de honestidad intelectual en medio de la farragosa difamación doctrinal padecida por nuestro país en tantos ámbitos. Uno de los capítulos más notables del libro de Enzensberger, escrito con su elegante y precisa prosa, está dedicado a los anarcosindicalistas exiliados en Toulouse y a la vida sobria, austera y honesta que llevaron hasta el último de sus días.

VALLE INCLÁN

De Ramón del Valle Inclán debo subrayar con reverencia *Divinas Palabras*, *Luces de bohemia* y *Tirano Banderas*. Imposible dejarse alguna de ellas en el tintero, pero menciono aquí una de sus obras más singulares, fruto de una corriente del pensamiento español descuidado por la memoria cultural contemporánea, tan mundanal y presumida: *La lámpara maravillosa*. La filosofía esotérica y mística de Don Ramón queda compendiada en este tratado espiritual de estética modernista. Don Ramón recoge el legado de la antigüedad y compone un manual de alquimia literaria, sabiduría gnóstica y delicadeza quietista. En su día fue estupendo descubrir que el gran bohemio del teatro español era también un peregrino iluminado.

HENRY MILLER

No sé cómo me llegaron los Trópicos de Henry Miller, publicados por la argentina Rueda, pero recuerdo con nitidez dónde me fue dado leerlos. Tendría diecisiete años y pasaba los veranos trabajando como caballista en uno de los ranchos en los arenales de la bahía de Palma. Aprendí a cabalgar con gracejo y se correspondía bien con la edad el privilegio de enseñar a las turistas alemanas cómo se debe manejar la rienda que conduce al jamelgo. Envuelto por aquella atmosfera sensual, mientras otros hacían la siesta, perfumado por el estiércol de las cuadras y el sudor de las monturas, descubrí y festejé la imaginación erótica de Henry Miller. •